

# Artículo



## CEINASEG

Conectamos ideas, transformamos el mundo

### **Ormuz y África:** geopolítica energética, interdependencia asimétrica y reconfiguración estratégica del sistema internacional

Escrito por:

**Daniel López Zúñiga**

24 de abril de 2026

# Ormuz y África: geopolítica energética, interdependencia asimétrica y reconfiguración estratégica del sistema internacional

Daniel López Zúñiga\*

## Resumen

El artículo examina el impacto de las tensiones en el estrecho de Ormuz sobre África desde una perspectiva de economía política internacional. A partir del análisis de los *chokepoints* energéticos y de las dinámicas de interdependencia asimétrica, se argumenta que las perturbaciones en este enclave estratégico se transmiten al continente africano principalmente a través de la volatilidad de los mercados energéticos. El estudio destaca cómo la dependencia estructural en el ámbito energético amplifica la vulnerabilidad africana frente a shocks externos, incluso en países exportadores de hidrocarburos. Asimismo, se analiza la reconfiguración estratégica global y el papel emergente de África en las nuevas dinámicas energéticas, subrayando tanto las oportunidades como los riesgos de reproducir patrones de dependencia. En conjunto, el artículo contribuye a comprender cómo la geopolítica energética global condiciona las trayectorias de desarrollo en contextos periféricos.

## Palabras clave

Estrecho de Ormuz; geopolítica energética; África; interdependencia asimétrica

---

Miembro investigador de CEINASEG. Director académico de la Escuela de Relaciones Internacionales de la Universidad Latina de Costa Rica. Tiene una Maestría Académica en Relaciones Internacionales y Diplomacia con énfasis en Administración de Proyectos de Cooperación Internacional por la Universidad Nacional de Costa Rica. Ha fungido como Representante Permanente Alternativo ante los organismos internacionales en Viena, Austria.

## Introducción

En el entramado contemporáneo del sistema internacional, existen espacios cuya relevancia trasciende su dimensión geográfica y se convierte en un verdadero eje de articulación del poder global. El estrecho de Ormuz es uno de ellos. Más que un simple corredor marítimo, constituye un punto neurálgico donde convergen intereses estratégicos, flujos energéticos y tensiones geopolíticas capaces de reconfigurar, en cuestión de días, el equilibrio económico mundial.

Cada embarcación que lo atraviesa transporta no solo petróleo, sino también una cuota de estabilidad o de incertidumbre para el sistema internacional. En este sentido, Ormuz funciona como un barómetro geopolítico: su tranquilidad sugiere continuidad; su tensión anticipa una crisis. Sin embargo, lo más relevante no es únicamente lo que ocurre en sus aguas, sino la manera en que sus perturbaciones se proyectan hacia regiones distantes, afectando economías que no participan directamente en su dinámica, pero que dependen profundamente de sus efectos.

Es en este punto donde África adquiere una centralidad analítica ineludible. Aunque el continente no forma parte del espacio geográfico del Golfo Pérsico, su inserción en la economía política internacional lo convierte en uno de los principales receptores de los impactos derivados de las tensiones en el estrecho de Ormuz. Esta aparente paradoja revela una característica estructural del orden global: la desconexión entre los espacios donde se generan las crisis y aquellos en los que sus consecuencias se sienten con mayor intensidad.

Lejos de ser un fenómeno coyuntural, esta dinámica se inscribe en patrones históricos de interdependencia asimétrica, en los que las economías periféricas asumen los costos de un sistema que no controlan. En el caso africano, esta situación se manifiesta con especial claridad en el ámbito energético, donde la coexistencia de abundantes recursos naturales y una marcada dependencia de productos refinados configura una vulnerabilidad estructural que amplifica los efectos de cualquier shock externo.

En este contexto, las tensiones en el estrecho de Ormuz no deben entenderse únicamente como un problema regional o como un episodio más de la geopolítica del Golfo, sino como un fenómeno con implicaciones sistémicas que permite analizar con particular nitidez las relaciones de poder que estructuran el sistema internacional. A través de este prisma, África deja de ser un actor periférico para convertirse en un espacio clave en el que se materializan las consecuencias de la geopolítica energética global.

El presente artículo propone, en consecuencia, examinar los efectos de las tensiones en Ormuz sobre el continente africano desde una perspectiva de economía política internacional, articulando tres ejes centrales: el papel de los chokepoints en la configuración del poder global, la persistencia de la dependencia estructural africana en el ámbito energético y las ambivalencias de la reconfiguración estratégica en curso. A partir de este análisis, se busca no solo comprender la naturaleza de estas dinámicas, sino también problematizar las condiciones bajo las cuales África puede transitar de una posición de vulnerabilidad a otra de mayor agencia en el sistema internacional.

En última instancia, la pregunta que subyace a este trabajo no es únicamente cómo afecta Ormuz a África, sino qué revela esta relación sobre la lógica misma del orden global contemporáneo: un sistema donde la proximidad geográfica ha sido superada por la profundidad de las interdependencias, pero donde la distribución del poder continúa marcando, con notable persistencia, quién define las reglas y quién asume sus consecuencias.

## **II. Geopolítica energética y chokepoints**

El estrecho de Ormuz constituye uno de los puntos de estrangulamiento más críticos del sistema energético global contemporáneo, no solo por el volumen de hidrocarburos que atraviesa, sino también por su capacidad para condensar tensiones geopolíticas de alcance sistémico. En términos estructurales, Ormuz conecta los principales centros de producción de petróleo del Golfo Pérsico con los mercados internacionales, lo que lo convierte en un nodo indispensable para la reproducción del capitalismo energético global (Yergin, 2020).

Desde una perspectiva geopolítica clásica, los chokepoints pueden entenderse como espacios en los que la geografía adquiere una dimensión estratégica determinante, en la medida en que permiten o limitan el flujo de recursos esenciales. En este sentido, Ormuz se inscribe en la tradición de análisis que vincula el control territorial con el poder global, una lógica que remite tanto a los postulados de la geopolítica marítima como a las dinámicas contemporáneas de la seguridad energética (Klare, 2012).

La singularidad de Ormuz radica en que no solo es un corredor físico, sino también un dispositivo geopolítico de alta sensibilidad, donde convergen intereses de actores estatales y no estatales con capacidades asimétricas. Entre los principales actores destacan Irán, cuya posición geográfica le otorga la capacidad potencial de interrumpir el tránsito marítimo; Estados Unidos, cuya presencia militar en la región responde a la necesidad de garantizar la libre navegación; y las monarquías del Golfo, cuya estabilidad económica depende directamente de la exportación de hidrocarburos a través de este estrecho.

En este contexto, Ormuz se configura como un espacio de equilibrio inestable, donde la disuasión, la demostración de fuerza y la interdependencia económica coexisten en una tensión permanente. La posibilidad, real o percibida, de un cierre del estrecho constituye un instrumento geopolítico en sí mismo, utilizado tanto como herramienta de presión estratégica como elemento de negociación en conflictos regionales.

La literatura especializada ha subrayado que los chokepoints energéticos no solo concentran flujos materiales, sino también riesgos sistémicos (Klare, 2012). En el caso de Ormuz, estos riesgos se manifiestan en múltiples dimensiones: militar, económica, logística y financiera. Una escalada de tensiones en la región, ya sea mediante sanciones, incidentes navales o conflictos abiertos, puede generar perturbaciones inmediatas en los mercados internacionales del petróleo. Sin embargo, es fundamental subrayar que el impacto de estas tensiones no depende exclusivamente de las interrupciones físicas del suministro. Como advierte Daniel Yergin (2020), el mercado energético global opera en gran medida sobre la base de expectativas y percepciones de riesgo. En este sentido, incluso la posibilidad de una disrupción en Ormuz puede desencadenar incrementos significativos en los precios del petróleo, lo que refleja la naturaleza profundamente especulativa y anticipatoria de los mercados energéticos.



Desde una perspectiva de economía política internacional, el funcionamiento de Ormuz ilustra la intersección entre la infraestructura física y las relaciones de poder. El control directo o indirecto de este tipo de corredores estratégicos no solo garantiza el acceso a recursos, sino que también otorga capacidad de influencia sobre el comportamiento de otros actores en el sistema internacional.

Asimismo, el carácter globalizado del comercio de petróleo implica que cualquier perturbación en el estrecho de Ormuz tiene efectos que trascienden la región del Golfo. Las cadenas de suministro energéticas, altamente interconectadas, transmiten estas perturbaciones a escala global, afectando tanto a países importadores como a exportadores. En este sentido, Ormuz debe entenderse como un nodo sistémico cuya estabilidad condiciona el funcionamiento del sistema energético internacional en su conjunto.

En el caso de África, esta dinámica adquiere una relevancia particular. Aunque el continente no depende directamente del tránsito físico por Ormuz para sus exportaciones, sí está profundamente expuesto a las fluctuaciones de precios que se originan en este espacio. De este modo, el estrecho opera como un mecanismo indirecto de transmisión de vulnerabilidad, reforzando patrones de dependencia estructural en el continente.

En suma, el estrecho de Ormuz no es únicamente un espacio geográfico, sino también un elemento constitutivo de la arquitectura geopolítica contemporánea. Su estudio permite comprender cómo la interacción entre geografía, poder y mercados energéticos configura un sistema internacional en el que los riesgos se distribuyen de manera desigual y en el que las periferias (como África) enfrentan las consecuencias de dinámicas que escapan a su control directo.

### III. Dependencia estructural africana

La economía política del continente africano se encuentra atravesada por una paradoja estructural persistente: la coexistencia de una dotación significativa de recursos naturales, en particular de hidrocarburos, con una marcada dependencia de productos refinados y de tecnologías energéticas externas. Esta configuración no es contingente ni reciente, sino el resultado de trayectorias históricas de inserción en la economía mundial caracterizadas por relaciones asimétricas de poder y especialización productiva (Fernando Henrique Cardoso & Enzo Faletto, 1979; Samir Amin, 1976).

Desde la perspectiva de la teoría de la dependencia, esta paradoja puede entenderse como una manifestación de la división internacional del trabajo, en la que las economías periféricas se orientan a la exportación de materias primas de bajo valor agregado, mientras importan bienes industrializados y servicios tecnológicos provenientes del centro. En el caso africano, este patrón se expresa con particular claridad en el sector energético: países con abundantes reservas de petróleo crudo carecen, sin embargo, de capacidades suficientes para procesarlo internamente, lo que los obliga a reimportar derivados a precios determinados en mercados internacionales.

Esta dinámica reproduce un esquema de dependencia circular, en el que la riqueza de recursos naturales no se traduce en autonomía energética, sino que, por el contrario, refuerza la subordinación a estructuras externas. Como ha señalado la literatura estructuralista, el problema no radica únicamente en la disponibilidad de recursos, sino en la posición que ocupan las economías en las cadenas globales de valor (Amin, 1976). En este sentido, África participa predominantemente en los eslabones primarios de la cadena energética, mientras permanece excluida de las fases de mayor valor agregado, como la refinación, la petroquímica y la innovación tecnológica.

La limitada capacidad de refinación constituye, por tanto, un elemento central de esta vulnerabilidad estructural. A pesar de las iniciativas recientes orientadas a ampliar la infraestructura energética, incluidas las refinerías en países como Nigeria o Angola, la brecha entre la producción de crudo y la capacidad de procesamiento sigue siendo significativa. Esta situación obliga a numerosos países a depender de las importaciones de combustibles refinados, exponiéndolos a las fluctuaciones de los precios internacionales y a las interrupciones en los mercados globales.

A esta limitación se suma la debilidad del tejido industrial en amplias regiones del continente. La ausencia de procesos de industrialización sostenidos ha impedido la consolidación de sectores energéticos integrados, capaces de generar encadenamientos productivos internos. En consecuencia, la energía no se convierte en un motor de desarrollo endógeno, sino en un factor de vulnerabilidad exógena.

En este contexto, los shocks energéticos, como los derivados de tensiones en el estrecho de Ormuz, adquieren una dimensión particularmente crítica. El aumento de los precios del petróleo se transmite casi de inmediato a las economías africanas, afectando no solo los costos energéticos, sino también la estructura general de precios. La dependencia de las importaciones implica que los países africanos carezcan de mecanismos eficaces para mitigar estos impactos, lo que agrava su exposición a dinámicas externas.

Asimismo, esta dependencia energética tiene implicaciones fiscales y macroeconómicas relevantes. El incremento en los costos de importación de combustibles presiona las balanzas de pagos, reduce el espacio fiscal y, en muchos casos, obliga a los gobiernos a implementar subsidios para mitigar el impacto social del encarecimiento energético. Estos subsidios, aunque políticamente necesarios, generan tensiones adicionales en las finanzas públicas y limitan la capacidad de inversión en sectores estratégicos.

Desde una perspectiva más amplia, la dependencia estructural africana en el ámbito energético refleja una problemática de desarrollo más profunda: la dificultad de transformar recursos naturales en capacidades productivas sostenibles. La literatura sobre desarrollo ha señalado reiteradamente que la abundancia de recursos no constituye, por sí misma, una garantía de crecimiento económico, sino que puede convertirse en un factor de vulnerabilidad si no se acompaña de políticas industriales, institucionales y tecnológicas adecuadas.

En este sentido, la relación entre África y el sistema energético global puede interpretarse como un caso paradigmático de interdependencia asimétrica, en la que los beneficios de la integración internacional se distribuyen de manera desigual. Mientras los centros industriales capturan el valor agregado de las cadenas energéticas, las economías africanas enfrentan los costos asociados a la volatilidad de los precios y a la dependencia de las importaciones.



Imágenes: mapa de Argelia; refinería petrolera y buque carguero o de combustible.

No obstante, esta estructura no es inmutable. La creciente atención a la transición energética global y al potencial africano en energías renovables abre espacios para reconfigurar estas relaciones. Sin embargo, dicha transformación requerirá no solo inversión en infraestructura, sino también una redefinición estratégica de la inserción del continente en la economía mundial.

En suma, la dependencia estructural africana en el ámbito energético no debe entenderse únicamente como una limitación técnica o coyuntural, sino como el resultado de procesos históricos de larga duración que han configurado su posición en el sistema internacional. La comprensión de esta dinámica resulta fundamental para analizar los efectos de shocks externos, como los asociados al Estrecho de Ormuz, y para diseñar estrategias que permitan avanzar hacia una mayor autonomía y resiliencia.

## **VI. Exportadores y maldición de los recursos**

El aumento de los precios internacionales del petróleo, particularmente en contextos de tensión geopolítica como los asociados al estrecho de Ormuz, puede generar beneficios fiscales significativos para los países africanos exportadores de hidrocarburos. Estados como Nigeria, Angola o Argelia tienden a experimentar incrementos en sus ingresos por exportaciones, lo que, en principio, podría traducirse en mayores capacidades de inversión pública y en un fortalecimiento macroeconómico.

Sin embargo, esta lectura optimista debe matizarse a la luz de la literatura sobre la denominada “maldición de los recursos”. Como ha argumentado Michael L. Ross (2012), la abundancia de recursos naturales (particularmente el petróleo) no garantiza el desarrollo económico sostenido e incluso, en numerosos casos, se asocia con patrones de bajo crecimiento, debilidad institucional y conflictos distributivos. Esta paradoja se explica por la interacción de factores económicos, políticos y estructurales que limitan la capacidad de convertir las rentas extractivas en desarrollo inclusivo.

En el plano económico, uno de los mecanismos centrales de la maldición de los recursos es la llamada “enfermedad holandesa”, mediante la cual el ingreso masivo de divisas derivado de las exportaciones de hidrocarburos aprecia la moneda local, lo que reduce la competitividad de otros sectores productivos, especialmente de la industria manufacturera y de la agricultura. Este fenómeno genera una reprivatización de la economía, profundiza la dependencia de un único sector y debilita la diversificación productiva.

En el contexto africano, esta dinámica se ve reforzada por estructuras productivas históricamente concentradas y por la limitada capacidad para generar encadenamientos industriales a partir del sector energético. Así, incluso en escenarios de precios elevados del petróleo, los beneficios tienden a concentrarse en el sector extractivo, sin irradiarse de manera significativa al resto de la economía.

Desde una perspectiva institucional, la dependencia de las rentas petroleras también puede debilitar los incentivos para desarrollar sistemas fiscales robustos y transparentes. Los gobiernos que obtienen ingresos significativos de los recursos naturales pueden reducir su dependencia de la recaudación tributaria, lo que, a su vez, debilita los mecanismos de rendición de cuentas y la relación entre el Estado y la ciudadanía. Este fenómeno ha sido ampliamente documentado en la literatura como factor que contribuye a la persistencia de instituciones débiles y de prácticas clientelares (Ross, 2012).

Asimismo, la volatilidad inherente a los mercados energéticos introduce un elemento adicional de incertidumbre. Los precios del petróleo, altamente sensibles a factores geopolíticos como las tensiones en el estrecho de Ormuz, pueden experimentar fluctuaciones abruptas en períodos relativamente cortos. Esta volatilidad dificulta la planificación fiscal y la sostenibilidad de las políticas públicas, generando ciclos de expansión y contracción que afectan la estabilidad macroeconómica.

En este sentido, los beneficios derivados de un aumento de los precios del petróleo deben entenderse como coyunturales y estructuralmente condicionados. Si bien pueden ofrecer oportunidades a corto plazo para fortalecer las finanzas públicas, su impacto en el desarrollo depende de la existencia de marcos institucionales capaces de gestionar estas rentas de manera eficiente y estratégica.

Por otra parte, la inserción de los países africanos exportadores en el mercado global de hidrocarburos se ve mediada por relaciones de poder asimétricas. La dependencia de la inversión extranjera, de la tecnología y del acceso a los mercados limita la autonomía de estos Estados para definir sus estrategias energéticas. En muchos casos, las decisiones clave sobre producción, precios y distribución están influidas por actores externos, lo que reduce el margen de maniobra de los gobiernos nacionales.

Esta situación refuerza la idea de que los países exportadores africanos, aun cuando se benefician de precios elevados, continúan operando dentro de una estructura de interdependencia desigual, en la que los términos de inserción en el sistema internacional condicionan sus posibilidades de desarrollo.

No obstante, es importante reconocer que la maldición de los recursos no constituye un destino inevitable. Experiencias comparadas a nivel global han demostrado que, bajo ciertas condiciones, es posible transformar la renta de los recursos naturales en desarrollo sostenible. Esto requiere la implementación de políticas orientadas a la diversificación económica, la inversión en capital humano, el fortalecimiento institucional y la gestión transparente de los ingresos provenientes del sector extractivo.

En el caso africano, iniciativas recientes (como la creación de fondos soberanos, reformas en la gobernanza del sector energético y esfuerzos para aumentar el contenido local en las industrias extractivas) apuntan en esta dirección. Sin embargo, los resultados han sido desiguales y se enfrentan a desafíos significativos en materia de capacidad institucional y de estabilidad política.

En suma, el impacto de una crisis en el estrecho de Ormuz en los países exportadores africanos no puede evaluarse únicamente en términos de beneficios económicos inmediatos. Si bien el aumento de los precios del petróleo puede generar ingresos adicionales, estos se encuentran condicionados por dinámicas estructurales que limitan su traducción en desarrollo sostenible. La verdadera cuestión, por tanto, no es si estos países pueden beneficiarse de los shocks energéticos globales, sino en qué medida cuentan con las capacidades institucionales y estratégicas para convertir esos beneficios en transformaciones económicas duraderas.

## VII. Reconfiguración estratégica global

Las tensiones recurrentes en el estrecho de Ormuz han actuado como catalizador de la reconfiguración de las estrategias energéticas de las principales potencias globales. En un contexto marcado por la volatilidad geopolítica y la incertidumbre en los mercados de hidrocarburos, actores como China, la Unión Europea y Estados Unidos han intensificado sus esfuerzos para diversificar sus fuentes de suministro, reducir su exposición a puntos críticos de tránsito y fortalecer su seguridad energética (International Energy Agency [IEA], 2022).

Este proceso de diversificación no se limita a la búsqueda de nuevos proveedores de petróleo y gas, sino que se inscribe en una transformación más amplia del sistema energético global, en la que convergen objetivos de seguridad, sostenibilidad y competitividad económica. La transición energética, impulsada por consideraciones climáticas y tecnológicas, coexiste con estrategias de corto y mediano plazo orientadas a garantizar un acceso estable a los hidrocarburos en un entorno de creciente fragmentación geopolítica.

En este marco, África emerge como un espacio de creciente interés estratégico. Su dotación de recursos naturales, su proximidad relativa a mercados europeos y asiáticos, y su potencial en energías renovables la posicionan como un actor relevante en la reconfiguración de las cadenas globales de suministro energético. La búsqueda de alternativas al Golfo Pérsico ha llevado a un renovado énfasis en el continente africano como proveedor de petróleo, gas y minerales críticos para la transición energética.

Sin embargo, esta mayor centralidad geoeconómica no debe interpretarse de manera lineal como una oportunidad automática de desarrollo. Por el contrario, la literatura en economía política internacional sugiere que los procesos de reconfiguración del sistema global tienden a reproducir y, en ocasiones, a profundizar las asimetrías existentes (Amin, 1976; Wallerstein, 2004). En este sentido, el riesgo de que África se inserte en esta nueva fase bajo condiciones similares a las históricas resulta significativo.

Uno de los mecanismos mediante los cuales estas dinámicas pueden reproducir dependencia es la persistencia de modelos extractivos orientados a la exportación de recursos, sin un desarrollo paralelo de capacidades industriales y tecnológicas. La creciente demanda global de hidrocarburos alternativos y minerales estratégicos puede reforzar la especialización primaria del continente, lo que limita su participación en los segmentos de mayor valor agregado de las cadenas productivas.

Asimismo, la intensificación de la competencia entre potencias por el acceso a los recursos africanos introduce una dimensión geopolítica adicional. La presencia simultánea de múltiples actores externos (cada uno con sus propias agendas estratégicas) puede generar oportunidades de negociación para los Estados africanos, pero también riesgos de fragmentación, dependencia selectiva y captura de rentas por intereses externos.

Desde esta perspectiva, África se convierte en un espacio donde se proyectan las tensiones del sistema internacional, actuando como un territorio de convergencia estratégica más que como un actor plenamente autónomo. La capacidad del continente para transformar esta centralidad en una ventaja estructural dependerá, en gran medida, de su habilidad para articular políticas coordinadas a nivel regional, fortalecer sus instituciones y definir estrategias de desarrollo que trasciendan el modelo extractivo.

Por otra parte, la transición energética global introduce una complejidad adicional. La creciente importancia de las energías renovables y las tecnologías limpias podría, en principio, ofrecer a África la oportunidad de diversificar su matriz energética y reducir su dependencia de los combustibles fósiles. No obstante, este proceso también implica nuevas formas de competencia por recursos críticos, como los minerales estratégicos, que podrían reproducir patrones de extracción y dependencia si no se gestionan adecuadamente.

En este contexto, la reconfiguración estratégica global impulsada por las tensiones en el estrecho de Ormuz debe entenderse como un proceso ambivalente. Por un lado, abre espacios para una mayor relevancia internacional de África; por otro, plantea el riesgo de consolidar su posición como proveedor de recursos en un sistema internacional estructuralmente desigual.

En última instancia, la cuestión central no radica en la creciente importancia de África en la geopolítica energética, sino en los términos en que dicha importancia se materializa. La diferencia entre una inserción dependiente y una inserción estratégica radica en la capacidad de los Estados africanos para capturar valor, diversificar sus economías y negociar condiciones más equitativas en el sistema internacional. Así, las tensiones en el estrecho de Ormuz no solo reconfiguran las rutas del petróleo, sino que también redefinen los contornos del poder global, situando a África en una posición crítica en la que convergen oportunidades y riesgos a largo plazo.

## **VIII. Conclusiones**

Las dinámicas asociadas al estrecho de Ormuz permiten evidenciar con particular claridad una de las características estructurales del sistema internacional contemporáneo: la existencia de una interdependencia profundamente asimétrica, en la que los centros de poder concentran la capacidad de decisión, mientras que las periferias absorben de manera desproporcionada los efectos de las crisis. En este marco, África no se configura como un actor marginal, sino como un espacio central en la distribución de costos derivados de tensiones geopolíticas que, paradójicamente, no controla ni genera directamente.

El análisis de los chokepoints energéticos, y particularmente de Ormuz, demuestra que la geografía continúa siendo un factor determinante en la configuración del poder global, pero su influencia se encuentra mediada por estructuras económicas y políticas que amplifican sus efectos más allá de su localización física. En este sentido, el estrecho opera no solo como un corredor estratégico, sino también como un mecanismo de transmisión de incertidumbre que conecta de manera inmediata la geopolítica con la economía global, afectando especialmente a aquellas regiones cuya inserción en el sistema internacional se caracteriza por la dependencia.

La situación africana pone de relieve que la abundancia de recursos naturales no constituye, por sí misma, una base suficiente para el desarrollo. Por el contrario, cuando esta riqueza se inscribe en estructuras productivas limitadas y en cadenas globales de valor segmentadas, tiende a reproducir patrones de subordinación.

La persistente dependencia de combustibles refinados, aun en países productores de petróleo, ilustra una forma de dependencia circular que no solo limita la autonomía energética, sino que también amplifica la exposición a shocks externos, como los derivados de tensiones en el estrecho de Ormuz.

Asimismo, el comportamiento de los países exportadores africanos confirma que los beneficios derivados de los incrementos de los precios del petróleo son, en gran medida, coyunturales y estructuralmente condicionados. La denominada maldición de los recursos evidencia que, en ausencia de marcos institucionales sólidos y de estrategias de diversificación económica, las rentas extractivas tienden a generar distorsiones que obstaculizan el desarrollo sostenible. En este sentido, los ingresos extraordinarios asociados a crisis energéticas globales no representan necesariamente una oportunidad transformadora, sino más bien un desafío en materia de gestión y gobernanza.

Por otra parte, la reconfiguración estratégica global, impulsada por la volatilidad en espacios como el de Ormuz, revela una transformación en curso en el sistema energético internacional, donde la diversificación de fuentes y la transición hacia energías más sostenibles coexisten con la persistencia de lógicas extractivas. África emerge en este proceso como un territorio de creciente relevancia geoeconómica, pero esta centralidad no garantiza una inserción más equitativa.

Por el contrario, existe el riesgo de que nuevas formas de dependencia se consoliden bajo el discurso de la transición energética y de la seguridad de suministro. En este contexto, la posición de África en el sistema internacional se define menos por su dotación de recursos que por su capacidad de articular estrategias que le permitan capturar valor, fortalecer sus estructuras productivas y negociar condiciones más favorables en el ámbito global. La diferencia entre una inserción pasiva y una inserción estratégica radica, en última instancia, en la posibilidad de transformar la vulnerabilidad en agencia.

De este modo, el estudio de los efectos del Estrecho de Ormuz sobre África trasciende el análisis coyuntural de los mercados energéticos y se perfila como una reflexión más amplia sobre la naturaleza del orden internacional contemporáneo.

En él, las crisis no se distribuyen de manera neutral, sino que siguen líneas de poder históricamente configuradas, reproduciendo desigualdades que solo pueden revertirse mediante transformaciones estructurales profundas.

En última instancia, la cuestión central no reside en la inevitabilidad de los shocks externos, sino en la capacidad de los Estados africanos para construir resiliencia frente a ellos. Esto implica no solo diversificar sus matrices energéticas y fortalecer sus capacidades industriales, sino también redefinir su posición en la economía política global. Solo a través de esta reconfiguración será posible transitar de una condición de vulnerabilidad estructural a otra de protagonismo estratégico en el sistema internacional del siglo XXI.

## Bibliografía

African Development Bank. (2022). African economic outlook 2022: Supporting climate resilience and a just energy transition in Africa. <https://www.afdb.org/en/documents/african-economic-outlook-2022>

Amin, S. (1976). Unequal development: An essay on the social formations of peripheral capitalism. Monthly Review Press.

Arndt, C., Benfica, R., Maximiano, N., Nucifora, A. M. D., & Thurlow, J. (2012). Higher fuel and food prices: Impacts and responses for Mozambique. *Agricultural Economics*, 43(5), 497–511. <https://doi.org/10.1111/j.1574-0862.2012.00600.x>

Cardoso, F. H., & Faletto, E. (1979). Dependency and development in Latin America. University of California Press.

International Energy Agency. (2022). World Energy Outlook 2022. <https://www.iea.org/reports/world-energy-outlook-2022>

International Monetary Fund. (2023). Regional economic outlook: Sub-Saharan Africa—The big funding squeeze. <https://www.imf.org/en/Publications/REO/SSA/Issues/2023/04/14/regional-economic-outlook-sub-saharan-africa-april-2023>

Klare, M. T. (2012). The race for what's left: The global scramble for the world's last resources. Metropolitan Books.

Ross, M. L. (2012). The oil curse: How petroleum wealth shapes the development of nations. Princeton University Press. <https://doi.org/10.1515/9781400841929>

U.S. Energy Information Administration. (2023). World oil transit chokepoints. [https://www.eia.gov/international/analysis/special-topics/World\\_Oil\\_Transit\\_Chokepoints](https://www.eia.gov/international/analysis/special-topics/World_Oil_Transit_Chokepoints)

United Nations Conference on Trade and Development. (2022). Review of maritime transport 2022. <https://unctad.org/publication/review-maritime-transport-2022>

Wallerstein, I. (2004). World-systems analysis: An introduction. Duke University Press. <https://doi.org/10.1215/9780822399018>

Yergin, D. (2020). The new map: Energy, climate, and the clash of nations. Penguin Press.